

CISA



Tres días, una sola noche

*La liturgia, al referirse a las ceremonias del **Triduo Pascual** (Jueves Santo, Viernes Santo y Sábado de Gloria), habla de “una única ceremonia dividida en tres días”. Pero también podemos considerarlo como una única noche que representa el itinerario de nuestra propia vida. Todo comienza con la Cena, reunión de la familia, de la Comunidad, de aquellos que comparten alegrías, tristezas, miedos y esperanzas. Momento de intimidad, de descanso y también de proyectos, es el tiempo que nos fortalece y nos prepara para las dificultades, para adentrarnos en la noche. ¿Quién no ha orado en el Huerto de los Olivos? ¿Quién no ha sufrido el dolor del abandono o la traición? Todos, como dice San Juan de la Cruz, en algún momento atravesamos una (o varias) “noche oscura del alma”. Y nos rebelamos, nos desesperamos, nos caemos, es parte del camino, más en estos tiempos que sentimos que nos falta el abrazo que sostiene y la Comunión que fortalece. Pero aún en estos tiempos el Amado nos invita a no perder la mirada puesta en el amanecer.*

No hay mejor imagen para la Resurrección que la del amanecer: el comienzo de lo nuevo, que no implica que lo anterior desaparezca, sino que se lo puede ver con ojos nuevos, porque la luz renueva nuestra mirada y nuestras fuerzas. Celebrar la Pascua es entonces renovar una vez más la mirada con la luz del amanecer. Con la invitación de llevar esa mirada a nuestras comunidades, los saluda fraternalmente.



Caminos compartidos para nuevos rumbos

Los días 22, 23 y 24 de febrero, miembros de los Institutos Seculares de Argentina nos reunimos en Buenos Aires para nuestro Encuentro Nacional de formación.

Bajo el lema: "Consagrados Seculares: Protagonistas de la Revolución de la Caridad y del Servicio", contando con la presencia de Mons. Héctor Luis Zordán, Obispo de Gualeguaychú y miembro de la Comisión para la Vida Consagrada de la CEA, y con la ayuda del Hno. Horacio Bustos, fms, reflexionamos durante dos días sobre el tema "Madurez Humana y Consagración". Reafirmamos nuestra certeza de la necesidad de una formación integral que nos permita vivir plenamente nuestra consagración y secularidad, para de esta manera cumplir nuestra misión de ser semillas del Reino en cada ambiente en que nos encontramos.



El lunes 24 de febrero con los Responsables y Delegados de los 14 Institutos presentes se realizó la Asamblea electiva en la que se presentó la relación de la memoria trienal; los nuevos estatutos de CISA, ya que, luego de su aprobación por la CEA, la hasta ahora Junta de Institutos Seculares de Argentina (JISA), ha pasado a ser Conferencia de Institutos Seculares de Argentina, adecuando su funcionamiento a lo estipulado en el Derecho Canónico; finalmente, se eligió al nuevo Consejo Ejecutivo quien en los próximos tres años se encargará de coordinar las acciones tendientes a favorecer la comunión, la promoción y la formación de los miembros de los Institutos Seculares. Han sido elegidos para este servicio:

Presidente: Elizabeth Burgos (Fraternidad Franciscana)

Vicepresidente: María Cecilia Comuzzi (Misioneras Apostólicas de la Caridad)

Vocales: Matilde Germanovich (Oblatas Diocesanas)

Cristina Romero Lamas (Voluntarias de Don Bosco)

Federico Sosa (Oblatos Diocesanos)

Mercedes Zamuner (Hermanas de María de Schönstatt)

Encomendamos a María, Madre de los Consagrados, Maestra, Discípula y Misionera, nuestra tarea de acompañar el caminar de nuestros Institutos en esta nueva etapa.



CONSEJO EJECUTIVO C.I.S.A.

Meditación del Papa Francisco en la bendición Urbi et Orbi por pandemia del coronavirus

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas.

Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente.

En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: "perecemos" (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos. Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús.

Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre - es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo-.

Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40). Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38).

No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: "¿Es que no te importo?". Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad.

La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas "salvadoras", incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela y se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa.

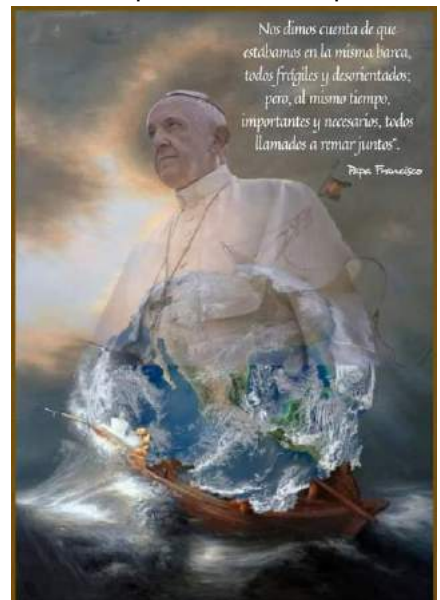
No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: "Despierta, Señor". «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: "Convertíos", «volved a mí de todo corazón» (Jn 2,12).

Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás.

Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes — corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo.

Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn. 17,21).



Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza.

Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere. El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar.

El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado.

El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad.



En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios.

Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil Señor y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque sabemos que Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).



**MENSAJE DE NUESTROS PASTORES
COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA - CEVICO**

***«Mirar el pasado con gratitud, vivir el presente con pasión,
abrazar el futuro con esperanza»***

Muy queridos hermanos y hermanas de la Vida Consagrada:

Al inicio de la V Semana de Cuaresma y acercándose la Semana Santa, termina una primera fase de la Cuarentena ¡y comienza otra!...

En estos momentos, como miembros de la CEVICO, deseamos acercarnos a todos los consagrados y consagradas en su sinfónica riqueza: las comunidades de la antigua tradición monástica, la vida eremítica, las vírgenes consagradas, la vida religiosa contemplativa, la vida religiosa apostólica, los Institutos seculares, las Sociedades de Vida Apostólica y las nuevas formas de vida consagrada...

Esta realidad «poliédrica» abraza más que nunca la humanidad doliente. Sí, es un momento de sufrimiento, angustia, ansiedad. La vida consagrada lo hace desde la diversidad y riqueza de los carismas; en realidades geográficas muy distintas; desde las varias etapas del camino de consagración (quienes se encuentran en plena formación inicial, sus formadores, los que animan diversas tareas y presencias, quienes aportan la sabiduría de una vida gastada y desgastada por el Señor y los hermanos); desde los múltiples modos de su consagración (la vida comunitaria, una presencia en el mundo desde lo secular, el desposorio místico propio de las vírgenes, la soledad del eremitismo, etc.); en los variopintos campos de apostolado

que los llama a dar la vida en abundancia: en la acción (la escuela, la salud, la acción social), en la fecunda presencia orante - contemplativa, etc. Elegidos y consagrados por el Señor en la Iglesia, ofrecen a ésta, al mundo, su presencia y su acción; su ser y obrar.

El saludo litúrgico «El Señor esté con ustedes» marca el ritmo de la celebración eucarística y también el de nuestras vidas. Así lo reconocemos especialmente en estos momentos en los cuales caminamos temerosos por oscuras quebradas, pero confiados en la constante presencia del Señor que nos pastorea y lleva hacia aguas tranquilas y praderas cubiertas de verdor.

Así es: el Señor está con nosotros cuando -dos o más- nos unimos para orar y escuchar la voz de Dios. El Señor está con nosotros cuando vemos su “rostro” en Jesús que se revela en el Evangelio a través de gestos y palabras porque viéndolo, vemos al Padre. El Señor está con nosotros cuando eclesialmente –es decir “en casa”- contemplamos, compartimos, adoramos su presencia eucarística. El Señor está con nosotros cuando recorremos los caminos de la misión que se nos ha encomendado, procurando llegar a los que están lejos y más lo necesitan. Así se va entretejiendo la oración de los consagrados: penitencial, de alabanza, intercesora, oferente, agradecida, de adoración, misionera.

Damos gracias a Dios por cada uno de ustedes y por donarse en bien de los demás, especialmente en esta coyuntura que llama a nuestras puertas, como el Señor que llama, desea entrar en nuestra casa y comer junto a nosotros (cf. Apocalipsis 3, 20).

Los abrazamos y bendecimos a la distancia desde nuestra gratitud y afecto ¡sin romper el AISLAMIENTO SOCIAL PREVENTIVO Y OBLIGATORIO!

Hoy -los jóvenes especialmente- cantan una y otra vez “Todo terminará bien”. Sí, nos alienta la Esperanza que no se sostiene simplemente por expectativa humana alguna, sino que se hunde profundamente en Aquel que nos ha llamado y que nos susurra al oído del corazón que sigamos andando nomás.

Fraternalmente en Cristo y María nuestra Madre de Luján

Lunes 30 de marzo, 2020

CISA
Santa Juana de Arco 3920
CIUADELA
BUENOS AIRES
República Argentina